

Expectación en el Teatro Nacional María Guerrero, que abre su temporada oficial con el estreno de la comedia bárbara de don Ramón María del Valle-Inclán "Romance de lobos".

José Luis Alonso, el director, está en lo que será su despacho cuando lo amueblen. En la amplia estancia hay un solitario tresillo rojo.

—Me voy a marchar —anuncia José Luis—. No veo ni los estrenos de mis amigos. Temo que puedan fallar los efectos.

Francisco Nieva, autor de decorados y figurines, desarrolla unos carteles de propaganda de la obra, firmados por Navarro. Nieva lleva un maxiabrigo de cuero.

José Luis Alonso dice:

—Está en Madrid el hijo de Valle-Inclán. Carlos, que ejerce la medicina en Pontevedra, me llamó hoy. Se hospeda en el Victoria. Donde, supongo, esperará el resultado. No asiste la noche de estreno a los montajes de obras de su padre. Vamos hasta el escenario.

José Bódalo —el caballero don Juan Manuel de Montenegro— habla con Margarita García Ortega —La Roja— y con Cesáreo Estebañez —Don Galán.

Los pasillos que llegan al escenario se llenan de marineros. Son Juan Jesús Valverde, José María Pou, Luis Lorenzo y Francisco Valdivia. Les capitanea Luis Zorita —que es Abelardo, el patrón de la barca.

—Venimos de la mar y traemos el copo repleto —asegura Zorita.

Luis toma una botella de agua y procede a echarla sobre los impermeables de pesca de los marineros.

—Se supone que venimos de luchar con las olas embravecidas.

Ana María Ventura —Doña Moncha— y María Luisa Avías —Benita, la costurera— esperan su entrada.

Desaparecen de escena los de la Santa Compañía y las ánimas en pena con su extraño aquelarre.

Bódalo sale de escena. Trae acelerada la respiración. Toma asiento en una banqueta entre cajas. Con los ojos cerrados, entre dientes dice extrañas palabras, que deben pertenecer al texto, aunque tampoco podría asegurarlo.

Entran Simón Cabido —don Rosendo—, Ricardo Merino —don Pedrito— y Arturo López —don Farruquiño—. Arturo lleva sotanas y botas de montar con espuelas.

José Luis Alonso desaparece camino de la calle. Al otro lado del telón, hay un verdadero mare magnum de personas. Es impresionante la hueste de mendigos, que se

mezclan con la Santa Compañía de las ánimas en pena y las brujas. Pepita Sánchez, Eduardo Pérez y Margarita Orallo forman un trío de campesinos cantantes, que cuentan lo que va a pasar en el escenario. Margarita sólo tiene once años, y ya es su segunda salida a escena. Hija de actores, hizo su debut en la Zarzuela con "La familia Trapp". Tiene una bonita voz.

Para ir de un lado a otro del escenario, hay que bajar y subir escaleras, recorrer pasillos, cruzar patios y pasar por el foso.

—Esto es como una novela de Kafka —asegura Arturo López.

Ricardo Merino sale de escena. Suda profundamente, después de una violenta pelea con José Bódalo. Figura que es Don Pedrito, el hijo mayor de Don Juan Manuel.

—Nos hemos dado una paliza de verdad. Merece la pena este papel por la oportunidad de hacer un Valle dirigido por José Luis Alonso. Trabajar con este director es cosa que deberíamos hacer alguna vez todos los actores. Es una gran experiencia.

Enrique Navarro —el ciego de Gondar— luce una caracterización impresionante. Nadie le podría reconocer a pesar de su complexión nada corriente.

—Voy con mis mendigos —dice.

Gabriel Llopert —el capellán Don Manuelito— espera su entrada en escena.

—La obra está saliendo muy bien —asegura—. Claro que la obra la hemos ensayado mucho; pero valía la pena para dar este espectáculo, que puede ir a todas partes. El escenario, con la última reforma, permite montar todas las obras que se quieran. Como se dice ahora, estamos a nivel europeo.

En el entreacto hay estrenistas que pretenden llegar hasta los actores, pero hay órdenes precisas en contra del director. Cuando se reanuda el espectáculo reaparece Nieva. Sigue con su maxiabrigo de cuero. Debe ser el último alarido de la moda.

José Bódalo pasa casi todo el tiempo en escena. Alguna vez tiene un pequeño descanso de dos o tres minutos. Sale. Cuando va a tomar asiento se encuentra con que le han quitado la banqueta. Bódalo suelta un sordo taca y va a sentarse sobre una cama que sirve de catafalco.

Gabriel Llopert deja el bombo sobre el equipo de sonorización y muestra orgulloso un raro rosario de peregrinación que lleva al cuello.

—Me lo han prestado en la

TEATRO NACIONAL MARIA GUERRERO

ROMANCE DE LOBOS

COMEDIA BARBARA DE VALLE-INCLAN

Temporada Oficial 1970-71

Cartel de "Romance de lobos", de Valle-Inclán, estrenada anoche en el María Guerrero.

parroquia de San José. Siempre me dejan cosas —dice Antonio Gutiérrez, el jefe de utillería.

José María Prada da los últimos toques a su extraña caracterización. Incorpora a Fuso Negro, el loco.

—Lo paso muy mal —dice—. Como salgo al final, el miedo me dura toda la representación. Cuando el actor sale a escena, se tranquiliza.

Arturo López, en su cuarto, fuma en pipa y lee "El francés y los siete pecados capitales", de Fernando Díaz-Plaja.

—La obra no resulta larga, porque está resuelta con cambios muy rápidos —dice Félix Dafauce, otro de los mendigos.

La pieza está en su desenlace. Llega José Luis Alonso y cruza derecho hacia su gabinete.

—¿Dónde has estado?

—Tomando tilla en el Gijón y luego dando un paseo en coche.

Escucha atentamente. Tiene el rostro descompuesto. Esboza sonrisas, que desaparecen antes de nacer.

—¿Dónde estamos? —pregunta.

—Va a terminar la escena de Prada —le dicen.

Respira. Hay mucho de Valle-Inclán en el papel de don Juan Manuel de Montenegro. El proceso de Valle, en su estética, en su obra, en su vida...

Corta la frase. Continúa,

refiriéndose a lo que pasa en escena.

—Estamos en los momentos más dramáticos, en la matanza del padre.

Mira el reloj. Se alza y va hacia el escenario.

—A ver, ahora, qué pasa. Y pasa lo que tenía que pasar. Una larga ovación se produce cuando el telón cae definitivamente.

Salvador VINICIO